

Algunos retos democráticos para la escuela pública

Guy Coq

Profesor de Filosofía, París. Presidente de la A.A.E. Mounier

Una breve reflexión sobre el conflicto en la escuela debe clarificar la confusión de ideas existente en torno a ella. Esas pocas, pero esenciales, ideas son las que vamos a desarrollar a continuación.

1) La educación

Con frecuencia se ignora el hecho de que existe una cierta antinomia en los términos educación y democracia. El proyecto educativo está siempre vinculado a un antecedente, el niño se encuentra ante la necesidad de entrar en un mundo que ya existía antes que él. La educación es la puerta de entrada a una cultura, esto, que con frecuencia se olvida, es mucho más que lo que entendemos corrientemente cuando hablamos de «buena educación» y va más allá también de la indispensable socialización.

En un mundo humano que se manifiesta en una cultura, la educación tiende hacia dos polos, por un lado, el ámbito social que integra a los jóvenes que nacen en esta sociedad o que crecen en su seno. Cabe preguntarse, entonces: ¿esta cultura o civilización puede desear el mismo futuro que ellos? Por otro lado, en esta educación

se construyen individuos humanos, personas, y hay que interrogarse: ¿es ése, realmente, su primer objetivo? Cuando tratamos de definir la educación, hay dos causas opuestas que conducen al fracaso: una, privilegiar la finalidad colectiva en detrimento de una humanidad personal y, otra, insistir en el ámbito individual en detrimento de la finalidad colectiva. Ninguno de estos dos aspectos se pueden excluir, son inseparables.

Este fin de siglo ha visto cómo, en las declaraciones, se ha querido hacer del niño el centro de todo, a riesgo de traicionar su propia causa, ya que necesita entrar en un mundo común para realizarse como persona libre.

Sin embargo, ante a esta doble finalidad, la lógica del individuo democrático es antinómica, ya que el individualismo democrático hace del individuo un ser sin precedente que ve en toda sujeción social una negación esencial de su libertad, y que acepta lo social solamente al servicio de su propia individualidad. La entrada en un mundo cultural humano no puede ser, por tanto, algo neutro; como mínimo va acompañada de la valoración del mismo. No se puede entrar en él sin vivirlo como un valor.

Es imposible retomar aquí, en detalle, las consecuencias de esta problemática. Así, por ejemplo, no hay educación sin influencia. Incluso si, para mucha gente, esta palabra no significa otra cosa que condicionamiento, es necesario retomar su verdadera significación. El único problema es que varias influencias sean posibles y

* *Nota de la R.:* traducido del francés por Iván Cedrón. Este artículo recoge parte de un texto que será publicado en Francia, próximamente, en la revista de Régis Debray, *Cahiers de Médiologie*.

que sean influencias y no condicionamientos; aquéllas dejan siempre una libertad de respuesta al sujeto, ya sea aceptando la influencia, ya sea rechazándola e, incluso, posicionarse contra ella.

En la vida moderna es frecuente que el proceso personal pase por una identificación con un autor, o una obra, con la tendencia a imitarla. El contacto con la gesta creadora despierta en nosotros gérmenes originales. Esta tarea de asimilación alimenta nuestro espíritu. Como es bien sabido, los grandes autores que han atravesado grandes influencias se parecen poco a los maestros.

A un nivel más filosófico podríamos desarrollar la paradoja, según la cual la educación para la libertad pasa por situaciones de ausencia de libertad. Más aún, la educación para la democracia no se realiza únicamente con la elección de los delegados de clase. La cultura necesaria para la democracia no es democrática.

La misma lógica opera en el caso de la lengua materna. Qué podríamos pensar de un maestro que dijera que, para respetar la libertad de elección del niño, no hay que obligarle a aprender una lengua que no ha elegido, sino esperar a que sea mayor para que pueda decidir. Privándole así de su primera cultura, pierde la posibilidad de entrar en la lengua. Es a partir del aprendizaje de una lengua que no ha elegido como el niño podrá decidir si quiere aprender otras lenguas. Este ejemplo de la lengua puede ilustrar el conjunto del trabajo educativo. La escuela de la libertad no es una escuela democrática donde todo sería decidido por todo el mundo. El pleno ejercicio de la libertad conlleva condicionamientos culturales en los que el sujeto dotado de libertad no puede elegir.

Si vivimos bajo la influencia de ideologías que desprecian estos principios, no debería sorprendernos tanto la crisis de las instituciones educativas.

2) Espacio educativo y cultura

Expuesta nuestra posición, afirmamos que de todas formas hay que educar. Podríamos elegir otros términos: enseñar, instruir, formar; sin embargo educar es el término más global, en la medida en la que retenemos el sentido que acabamos de evocar: entrar en una cultura.

No hablaremos aquí de la oposición, a veces muy contrastada, entre enseñanza y educación.



En todo proceso educativo de los jóvenes, e incluso en la instrucción, hay siempre una relación educativa que se instaura, y si la enseñanza y la instrucción no tienen relación alguna con la cultura, entonces ¿qué es lo que son?

Ciertamente, la

noción de cultura exigiría una amplia elucidación, ya que la noción o concepto de los etnólogos es aquí insuficiente. La objetivación que ellos realizan subordina la cultura del que es observado a la del observador. Pero conviene insistir aquí en que si dirigen su mirada objetivante sobre su propia cultura, eso supondría la destrucción de su relación viva y subjetiva con ella, es decir, una especie de muerte cultural. Sin embargo, la etnología nos enseña a analizar los diversos aspectos de una cultura: definición y toma en consideración de las necesidades (trabajo, tecnología, economía), los medios de expresión y de comunicación (lenguas y artes), las formas de vida social, los saberes, el anclaje simbólico primordial...

Pero, para un individuo, incluso una sociedad, una cultura es vista desde el interior. Es la construcción, legitimada por medio de evaluaciones, de un cierto estilo de humanidad, de una manera de situarse en el mundo. Esto es algo que se olvida en la práctica: a través de la totalidad de nuestra cultura es una humanidad lo que se construye. Es normal que esta cultura la viva mejor que cualquier otra, porque es la única que vivo plenamente, porque es por medio de ella como construyo lo mejor que hay en mí. Decir esto no excluye el encuentro, ni el diálogo, ni la confrontación de culturas.

Esta entrada en una cultura que es la educación, hemos tenido la ocasión de demostrar que era plural. La educación tiene tres polos, tres lugares distintos, aunque no opuestos, para que se realice: la familia, la escuela, y un tercero que no reproduce ni la relación educativa familiar, ni la

relación escolar, y que es diverso, no unificado, en cuanto a sus modalidades sociales concretas. Y este lugar de origen donde la vida se da, debe ser al mismo tiempo portadora de un sentido a esa vida dada.

Sería absurdo esperar de la familia una neutralidad filosófica y/o religiosa. El espacio escolar es el de la laicidad porque integra a la sociedad global, porque depende lógicamente del estado democrático aunque haya ministros que no sigan esa línea. El tercer lugar se sitúa en una posición variable: puede haber aspectos laicos o no, en la medida en la que pueden conllevar una educación en la fe religiosa. En ese caso es inútil hablar de laicidad.

3) La Escuela, institución necesaria para la Sociedad Democrática

Si ahora reflexionamos de forma precisa sobre el espacio educativo hay varios aspectos a resaltar.

En primer lugar, hay que pensar en la necesidad de la escuela en un cierto estadio histórico, en sociedades con funciones diferenciadas, con presencia del Estado, emergencia de la democracia... en tales circunstancias, la escuela adquiere una función social indispensable.

Otra idea importante es la que se refiere a su propio estatuto: la escuela es una institución; lo que quiere decir que no es ni un monumento, ni una administración, ni una organización.

Una institución es una forma de mediación entre el individuo y la sociedad global. Habría que añadir que la escuela es una institución educativa, es decir, que la mediación que ejerce consiste en contribuir a la construcción del sujeto social, en intervenir en la construcción de su personalidad. La escuela crea sociabilidad a partir de la cultura que tiene que transmitir. Por ello, podemos hablar de cultura escolar.

Como institución la escuela se distingue del espacio privado de la familia, no tiene que com-

portarse como una familia, como el sustituto del padre o de la madre. No es deseable que la familia tenga un papel muy grande dentro de la escuela. El niño necesita sentir que en la escuela está bajo otra autoridad distinta de la parental.

A partir de este análisis, hay quienes consideran la escuela como espacio público. Ciertamente, deseo que para la mayoría su escuela sea la



pública, la que está bajo la autoridad del estado democrático. Pero la escuela no es pública en el sentido de la plaza pública, allí no se alquilan carteles publicitarios como se puede hacer en una avenida. Algunos eminentes juristas, que han sido poco sensibles a este tipo de distinción, adolecen de un mínimo de reflexión filosófica sobre las instituciones. De hecho, la escuela, a nuestro modo de ver, aparece como un espacio intermediario entre el espacio familiar y el espacio social global. Es, por ello, por lo que es totalmente adecuado no confundir el espacio de recreo con la calle. Este estatuto intermediario de la escuela debería ser mucho mejor pensado. Marcel Gauchet decía hace unos años que «el objeto escuela ha sido muy poco pensado». Y, cuando, en 1999, defendía yo el rechazo del velo islámico en la escuela, argumentaba, estableciendo una diferencia entre la clase, la escuela y la calle, frente a un interlocutor que asimilaba imprudentemente la clase con la plaza pública.

La escuela, como institución educativa, es uno de los espacios posibles de la sociedad. En la

tradición republicana francesa es inherente a ella que el Estado sea garante de la educación y que, por ese vínculo, la escuela se integre en la república, estando directamente bajo el impulso y el control de las más importantes instancias democráticas. No se trata de una necesidad *a priori*, sino más bien de una necesidad histórica.

A veces se ha querido descalificar a la escuela denunciando su función de reproducción de la sociedad. Habría que admitir que reproduce el espacio social, pero hay, hoy, dos concepciones que han perdido su legitimidad: la que pretende instaurar a partir de la escuela una nueva sociedad, considerando la pedagogía como un instrumento de la revolución; y la que hace de la escuela un simple reflejo del estado de la sociedad sin ninguna incidencia sobre la evaluación social. La escuela es, al mismo tiempo, reproductora y transformadora del orden social, pero es uno de los espacios sociales posibles en interacción con otros. Con frecuencia, para que haya evoluciones interesantes tiene que haber interacciones entre varios espacios sociales, con cambios dentro y fuera de la escuela.

4) El síntoma de la violencia

Con razón, se considera el incremento de la violencia escolar como un síntoma inquietante, ya se trate de la violencia entre jóvenes, o de una violencia que afecte a los profesores.

Nuestra hipótesis de trabajo es que la violencia que estalla en una institución como la escuela, es el síntoma de que esta institución está debilitada, incluso que nos encontramos ante un fenómeno de desinstitucionalización.

Esta fragilización de la sociedad y de su escuela se produce a varios niveles que hemos analizado antes. Se está dando un debilitamiento de la identidad y de la representación simbólica de la sociedad y este fenómeno afecta directamente la educación. Además, la sociedad democrática se ha equivocado dejando debilitarse la conciencia de la necesidad de la educación, entendida en el sentido de vía de acceso a un mundo humano que ya existe.

La democracia ha tendido a culpabilizar a la escuela cuando ésta no avanzaba con la rapidez deseada hacia el objetivo de la igualdad. Toda una crítica a la escuela, y sobre todo a los educa-

dores, la ha desacreditado como institución esencial para la democracia. La sociedad democrática no ha entendido suficientemente que no podría sobrevivir sin apoyarse en su labor de educación.

Un hecho significativo es que, en las soluciones recientemente avanzadas para hacer retroceder la violencia interna en la escuela, se ha insistido en la importancia de las cualidades de los directores de escuela, así como de la estabilidad de los equipos educativos. Este deseo de reforzar la institución designa su debilidad como origen de los comportamientos violentos. Aquéllos que, a partir de análisis sin rigor, han acusado a la escuela de ser portadora de violencias hacia los jóvenes han cedido a un abuso de lenguaje. Que el sistema escolar sea apenas menos injusto que la sociedad no quiere decir que sea violento. Exagerando así el sentido de la palabra violencia se le dan armas al violento. El violento pretende siempre haber sido víctima de una violencia anterior, psicológica o moral. Hay que rechazar situar en el mismo plano violencias reales destructivas y coerciones o injusticias. El origen de la violencia actual no hay que buscarlo en un incremento de las injusticias o desigualdades en la escuela, sino en la dificultad de la democracia moderna para mantener la legitimidad de las instituciones y para afirmar la voluntad de una educación para la democracia.

A largo plazo, es en una voluntad política de restablecer la credibilidad de la escuela en la democracia donde se encuentra el remedio a los síntomas de la violencia. Y ello, no obstante, sin olvidar que las violencias de la escuela prolongan las violencias de la sociedad civil. Por lo que no hay que pedir milagros a la escuela, es la sociedad la que debe trabajar en la reconstitución de las condiciones de una verdadera seguridad para los ciudadanos de un verdadero Estado de Derecho.

Bibliografía

- Guy Coq. *Laïcité et République: le lien nécessaire*. Le Félin, 1999 (segunda edición).
- Guy Coq. *La démocratie rend-elle l'éducation impossible?* Paroles et Silence. 1999.
- Coloquio UNESCO: «La violencia escolar». París, 7 y 8 de marzo, 2001.
- Raymond Boudon, N. Bulle, M. Cherkaoui. *Escuela y Sociedad*. PUF, 2001.